

CICLO DE ENCUENTROS “TRAYECTORIAS”

Sofía Tiscornia

Entrevista realizada por
Soledad Gesteira
Soledad Torres Agüero y
Mercedes Hirsch



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el Ciclo de Encuentros “Trayectorias”¹. En él se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los objetivos principales de este ciclo es dejar registro de aquellas historias de

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, Soledad Gesteira y Mercedes Hirsch.

vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina. Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista a Sofía Tiscornia, realizada en agosto de 2013, en la ciudad de Tigre, Provincia de Buenos Aires³.

Sofía Tiscornia es Doctora en Antropología por la Universidad de Buenos Aires y Licenciada en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras FFyL/UBA. Desde 1993 coordina el Equipo de Antropología Política y Jurídica de la Facultad de Filosofía. Dirige programas de investigación subsidiados por la Universidad de Buenos Aires y por la Agencia de Ciencia y Tecnología de la Nación; es coordinadora de programas de investigación e intercambio académico en su especialidad, con centros de postgrado de universidades del Brasil; ha coordinado programas de investigación en convenio con el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires. Actualmente es miembro de la Comisión Directiva del CELS. Es Profesora Regular Titular del Departamento de Ciencias Antropológicas de la FFyL / UBA y profesora y miembro del consejo académico de la Maestría en Antropología Social de la Facultad de Filosofía y Letras. Es profesora del doctorado de Filosofía y Letras de la UBA y ha dictado seminarios en postgrados del país y del extranjero. Es Directora del Doctorado en Derechos Humanos de la Universidad Nacional de Lanús y miembro del consejo académico de la Maestría en Derechos Humanos de la misma universidad. Ha publicado libros y artículos científicos y ha participado como conferencista y panelista en congresos y eventos científicos. A mediados de los años ochenta inició investigaciones etnográficas sobre las estructuras burocráticas y prácticas de la violencia policial en Buenos Aires. Desde entonces ha trabajado sobre las burocracias penales y policiales y el análisis de las estrategias del activismo legal y social de los derechos humanos para limitar el poder violento de policía.

² <http://www.cga.org.ar/trayectorias>.

³ La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por Soledad Gesteira y Soledad Torres Agüero ajustada a formato de texto, incorporando aclaraciones y modificaciones en función de fomentar la legibilidad del relato. De este modo, el presente texto presenta algunas diferencias con la entrevista audiovisual. La versión final fue corregida y aprobada para su publicación por Sofía Tiscornia.

Sofía Tiscornia: Nací en La Paz, Entre Ríos. La familia de mi padre era oriunda de esa ciudad y la de mi madre, de Santa Fé. Viví en La Paz hasta los cinco años, el peronismo tuvo mucho que ver en la mudanza de parte de la familia a la ciudad de Santa Fé, porque mi padre era abogado, mi madre profesora de filosofía, toda la familia era muy antiperonista, muy politizados, mi padre era demócrata conservador y parte de la familia de mi padre se dividía entre los demócratas conservadores y los radicales, pero ninguno era peronista. En esos años mi madre queda cesante del colegio donde daba clases y mi padre también tiene algunos problemas, entonces, mi madre consigue horas de cátedras de filosofía en la provincia de Santa Fé -de donde ella era originaria- y nos mudamos. Y mi padre deja el estudio de abogado a cargo de su hermano mayor y ejerce como escribano. La mía era de esas familias de pueblo donde uno es el abogado, el otro es el escribano, el otro -en este caso uno de los hermanos menores- es el que administra el campo de la familia y así (*risas*).

Empecé el jardín de infantes y mi padre viajaba viernes, sábado y domingo a Santa Fé. Vivíamos ahí, y en las vacaciones de invierno y de veranos íbamos todos a La Paz. En una primera época, a la casa que mi familia conservaba y después, a la casa de mis abuelos que era muy grande. En ese entonces en La Paz vivía buena parte de mis primos, muchos tíos, era una familia grande.

Tuve una infancia con mucho río en Entre Ríos, La Paz es un pueblo chico, viejo, conservador, un pueblo que vivía fundamentalmente del campo, de la hacienda, con lo cual, ¡bien conservador! La Paz tenía escuelas primarias y secundarias, públicas y religiosas, y vida cultural -clubes, tres, cines-. Las conversaciones que yo recuerdo de la infancia eran las peleas entre demócratas y radicales, o sobre el clima en relación al campo, si llovía, si no llovía, cuántos milímetros... En cambio, Santa Fé era una ciudad distinta, más cosmopolita, comparativamente. Allí hice la escuela primaria y secundaria en un colegio de monjas, Nuestra Señora del Calvario (*risas*). Todos los nombres han sido muy significativos: La Paz, Entre Ríos; Nuestra Señora del Calvario...

Mis padres eran profesionales, muy inquietos, muy curiosos siempre. Mi madre era profesora de filosofía y mi padre además de abogado era profesor de historia. Ambos fueron muy cuidadosos tanto en mi educación como en la de mi hermana, cuidadosos en cuanto a qué literatura leíamos, qué historias. Y allá por los años... fines de los cincuenta, mi madre comienza a conocer más profundamente las teorías de la evolución, leía a Teilhard de Chardin y nos contaba a mi hermana y a mí y nos mostraba libros sobre de la evolución del hombre, los animales prehistóricos, las leyes de Mendel.

Yo era una niña muy tímida, con un problema leve de tartamudez y me volaba muchísimo (*risas*). Y una vez cuando cursaba el primer grado superior nos piden hacia fin de año que hagamos una composición con el título: "Yo quiero ser...", pero se ve que yo me perdí parte de la explicación porque yo escribí "Yo quiero ser paleontóloga y me voy a casar con un paleontólogo y voy a tener hijos paleontologuitos y vamos a descubrir cuevas" (*risas*) y toda una narración así. Cuando la maestra lo lee, me pregunta de dónde saqué eso, llama a mi madre y le dice "¿Qué pasó con esta nena?", porque todas mis compañeras habían escrito "Quiero ser un hada", "Yo quiero ser una mariposa", "Yo quiero ser

una flor”, que esa parece ser que era la consigna, pero yo ahí tuve un corte. Esto solo para decir que la vocación por la antropología me viene de muy pequeña y, sin duda, por la influencia de mi madre, de mi padre también, pero influencias que calaron en mí, en mi hermana no, tuvo otros intereses.

Mis abuelos eran argentinos. Mi abuelo paterno Tiscornia, cuyo padre vino a Argentina y tenían esas compañías de barcos que hacían viajes por el Paraná hasta Paraguay. Se casó con mi abuela que era hija de un catalán que se vino muy joven a Entre Ríos, y que ni bien llegó participó en las luchas jordanistas del lado de López Jordán. Estuvo preso uno o dos días hasta que vinieron las Fuerzas Nacionales y dijeron “¿Cómo? Si usted es un catalán, un hombre de bien para estar con estos rebeldes” (*risas*) y lo sacaron junto con otros. Era un hombre muy emprendedor, compró campos en Entre Ríos y además era el dueño de la casa de ramos generales del pueblo que se llamaba La Bola de Oro, que tenía una inmensa bola de metal brillante arriba de la pared del gran portón de entrada. Y compró campos que después los repartió entre sus hijas.

Y del lado de mi madre, el papá de mi mamá era hijo de alemanes que llegaron a Santa Fé con una pequeña industria de máquinas trilladoras de maní que las vendían en el norte de Santa Fé. Durante la primera guerra mundial hubo un boicot a las industrias alemanas y comenzaron a fundirse, la familia entra en decadencia; tenían aserraderos en Santa Fe también. Y mi abuelo Eduardo se casó con mi abuela Sofía que era hija de un inmigrante italiano garibaldino, un personaje más ligado a las luchas populares, muy politizado. Yo no conocí a mis bisabuelos. La familia de mi abuela Sofía era bastante pobre y le ofrecieron a mi bisabuelo -el garibaldino- que una de sus hijas fuera pupila a la ciudad de Esperanza para formar parte de las primeras maestras rurales de Argentina. Y fue mi abuela Sofía, en parte ella quería ir porque quería seguir estudiando y en esa época era muy difícil que una mujer lo hiciera, pero en parte también como un beneficio para la familia porque le iban a dar una beca. Son muy interesantes todas las historias que contaba mi abuela porque la escuela donde las preparaban para maestras era pobrísima, eran muy pocos y la beca prometida no llegaba nunca y además ella extrañaba muchísimo a sus padres y hermanos. Pero bueno, finalmente se recibió y fue de la primera promoción de maestras rurales de Argentina. Ejerció pocos años, se casó y no siguió trabajando como la mayor parte de las mujeres de la época.

Tuve una buena infancia porque fue una infancia en un pueblo chico y en Santa Fé, que no era entonces una gran ciudad. Creo que una de las cosas que busqué cuando vine a vivir a Buenos Aires fue un lugar que duplicara de alguna manera eso, que se pareciera, y por eso elegí Tigre, la isla, que hace treinta años -cuando lo conocí- era diferente. Y también me gustó este lugar, la isla, porque quería que mi hijo no tuviera una infancia solo de ciudad, aunque él después resultó muy urbano, pero bueno, eso es aparte, ¿no? (*risas*).

La escuela secundaria también era una escuela de monjas y la verdad que yo tenía intereses muy diferentes a los de mis compañeras, y además, como ya conté, era tímida. Era un buen colegio, progresista. Cuando tenía catorce o quince años, si bien estábamos bajo la dictadura de Onganía, ya empezaba

otra época... Estaba el Instituto Di Tella en Buenos Aires, todo el movimiento cultural de la época. A los catorce años mi mayor ambición era dejar Santa Fé -que me parecía un pueblo donde no se podía hacer nada- y venirme a estudiar a Buenos Aires. Mis padres se opusieron, con mucho tino. Pero era mi ambición, porque acá en Buenos Aires había una movida importante. A mis dieciséis años, se instaló en Santa Fé una pequeña librería cuya dueña era una mujer del PC (Partido Comunista). Si bien había muy buenas librerías en Santa Fé, ella traía un determinado tipo de libros, de literatura, el existencialismo, la nueva literatura latinoamericana, y además uno iba ahí y se quedaba charlando, otro ambiente. Se convirtió en un lugar de reunión y para mí fue el descubrimiento de un mundo que no tenía en el colegio. Ahí me relacioné también con un grupo de artistas santafesinos que fundan la galería El Galpón -que estaba efectivamente en un galpón a las afueras de la ciudad y por eso se llamaba así-, que además de reunir a artistas santafesinos muy jóvenes todos, comienzan a vincularse con gente de Buenos Aires y los llevan a Santa Fé, por ejemplo a Ernesto Deira, Felipe Noé, Marta Minujin. Entonces allí comienza toda una movida muy interesante para mí, era muy joven, pero de cualquier manera encontraba gente con la que podía hablar y compartir más que con la del colegio. También en esa época, cuando tenía dieciséis, diecisiete años, comienza la politización y hay una relación muy fuerte entre la librería de esa mujer, María Acuña, la galería de arte y la política.

Cuando tenía diecisiete años empiezo a tener otros amigos y uno de ellos será el padre de mi hijo. Venía de una familia de ferroviarios muy politizados -en parte radicales y en parte de izquierda-. Él era un intelectual de izquierda y también se quería venir a vivir a Buenos Aires. Había estudiado cine en La Plata y hacía teatro. Cuando terminé el secundario los dos hicimos un año de filosofía en la Universidad Católica en Santa Fé, fue un año muy interesante, porque había varios curas tercermundistas, muy capaces. Ya en el secundario, uno de ellos, el padre Osvaldo Catena, una persona extraordinaria, me hizo pensar mucho y repensar muchas de las ideas familiares más conservadoras. Y esas clases de filosofía eran de mucha discusión política, por eso ese año fue un año interesante. Y también ya ese año empezamos a militar. Pero yo quería estudiar antropología.

“En el 71 empecé la carrera y me desilusiono muchísimo...
Era una colección de cosas exóticas”

Y en 1970 nos vinimos a Buenos Aires. Alquilamos con unos amigos un departamento muy grande en San Telmo, con la idea de poner una escuelita de teatro y música para niños, porque mi ex marido además de hacer teatro, era muy buen músico. Y al mismo tiempo que teníamos esa protoescuelita de música que nunca funcionó muy bien (*risas*), militábamos.

Empiezo la carrera en la Facultad en el segundo cuatrimestre de 1971, porque el primer cuatrimestre estaba haciendo otras cosas y no me di cuenta de que había que inscribirse, entonces empecé en el segundo. Y la verdad que me desilusionó muchísimo, la carrera era una colección de cosas exóticas sin

sentido, algunas clases eran en el Museo Etnográfico y yo decía “¿Qué es esto?, ¿qué estoy haciendo acá?”. Cursé las Introducciones (a la filosofía, a la historia) e Introducción a la antropología que era la que más me interesaba, pero resultó una colección de cosas exóticas que no se hilaban entre sí. Y como no me interesó, no se constituyó en el centro de mi vida.

En el '72 nace mi hijo y estábamos más volcados a la militancia que a la facultad. En el '73, durante el gobierno de Héctor Cámpora yo militaba... No militaba en la Juventud Peronista (JP) por varias razones: porque el antiperonismo familiar ha de haber sido lo suficientemente fuerte como para impedirlo... *(se ríe)* Y además mi marido y mi cuñada eran militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), y en 1972 mi cuñada cae presa.

Pero en la facultad quienes realmente movilizaban y planteaban cosas interesantes era la Juventud Peronista, entonces, eso a mí me producía alguna contradicción... Está bien, yo no militaba en la facultad. Pero cuando retomé la carrera o cuando empecé a ver cosas más interesantes en la carrera, quienes hacían cosas interesantes era la JP, era la comisión de prensa. Pero claro, yo tampoco podía ir en contra de lo que eran mis convicciones en ese momento. Recuerdo que en esa época había que nombrar delegados por curso. No recuerdo qué materia estaba cursando, pero sí que llegaron los compañeros y nos plantearon: “En este curso tiene que haber delegados”, a decir verdad, estaba todo más o menos armado para que los delegados sean de la JP. Mauricio (Boivin), de quien todavía no era amiga, inmediatamente dice “Yo me propongo” y nadie más dice nada, entonces yo pienso para mí, “Bueno, yo le voy a dar un delegado al PRT” *(se ríe)* y digo “Yo también me propongo...”. Me acuerdo que me miraron... claro, es como que primerí a otro que ya estaba pensado. Pero participando en el cuerpo de delegados de la carrera era cada vez más claro que en realidad lo más interesante pasaba por la comisión de prensa y por la JP.

Pero también es cierto que para esa época todo comenzaba a agudizarse y nosotros -mi marido y yo - militábamos más. Mi cuñada había salido de la cárcel en el '73, cuando asume Cámpora. Ese día fuimos a Devoto. Recuerdo que la noche antes, o sea, desde la madrugada, era de noche todavía, nos juntamos los simpatizantes del PRT-ERP en un local para ir a Devoto a pedir por los presos políticos y se repartieron pancartas con fotos de los muertos de Trelew, y a mí me toca la de Ana Villareal de Santucho, me acuerdo que fue muy conmovedor. Estuvimos prácticamente todo el día en Devoto para que liberaran a los presos políticos, fue toda una negociación y finalmente los liberaron, como bien sabemos. Fue muy interesante la diferencia entre la liberación de los presos del ERP y la de Montoneros, porque cuando salieron los de Montoneros recuerdo aclamaciones, aplausos, muy conmovedores. Los del ERP salieron por otro lado, vamos a un local chico, había mucha gente de provincia que no sabía ni a dónde ir y nosotros llevamos a algunos a nuestro departamento.

La facultad en esos años -'73, '74- la verdad era increíble, porque por un lado, estaban los profesores del grupo de Marcelo Bórmida que fueron apartados, prácticamente echados, y por otro, algunos que sin pertenecer a ese grupo eran, ¿cómo decirlo?, antiguos, decimonónicos, por ejemplo el titular de Folklore, Rodolfo Merlino quien en la clase nos explicaba cómo hacer trabajo

de campo y nos recomendaba colgarnos del cuello un libretita y un lápiz para que mientras recorríamos el norte montados en un burrito, pudiéramos anotar cuentos y leyendas. Imagínense, todos jóvenes politizados que queríamos realmente aprender antropología de otra manera y tener que escuchar esas recomendaciones seriamente... Era un momento de muchísima discusión y con un cambio de plan de carrera que realmente la transformó totalmente. Duró muy poco ese plan, pero fue una experiencia interesante. Había por primera vez seminarios de verano sobre temas interesantísimos. Fueron los años de los famosos seminarios de Hugo Ratier, por ejemplo, haciendo trabajo de campo en villas y barrios. Pero yo más que cursar militaba, hice muy pocas materias en esa época.

“Me acuerdo de volver a la facultad y mirar a ver quién estaba
y quién no estaba...
Pensábamos que estaban presos,
sin imaginar que podían estar desaparecidos”

En 1975 dejé de cursar porque la situación era muy complicada. Y el golpe en 1976, me acuerdo, lo tengo muy vívido... Sabíamos que el golpe venía y además previo a esto nuestra situación era muy inestable. En el año 1974 la Triple A (la Alianza Anticomunista Argentina) pone una bomba en la casa de mis suegros en Santa Fé y se destruye parte de la casa. Eso fue muy conmocionante para la familia. La casa de mis suegros era un chalecito en un barrio popular de Santa Fé. Por suerte -y de casualidad- no hubo víctimas. Mis suegros se vienen a Buenos Aires y paran en nuestra casa un tiempo. Fueron épocas muy difíciles. Nos mudábamos seguido; muchos amigos se iban del país; otros, en la clandestinidad.

Y así llegamos al '76, recuerdo con mucha claridad el día del golpe, la proclama por la radio y la angustia. ¡Otra vez! ¡Otra vez los militares! No hacía mucho salíamos de la dictadura de Lanusse y no imaginábamos lo que venía, por supuesto. Pero sí sabíamos que otra vez los libros prohibidos, la represión, la censura. Todo fue mucho peor.

No recuerdo exactamente las fechas, pero sí la gestión de Ivanissevich en la universidad y en la facultad. Fue terrible. Desde lo más cotidiano como la vigilancia y requisa a los estudiantes cuando entrábamos, la facultad con rejas en las ventanas, incluso había algo de la forma en que uno iba vestido, o sea, ya no podíamos tener el “estilo Filosofía y Letras”, y peor aún, la propia desconfianza a todos los que nos rodeaban. El cierre de la carrera viene después, en el ochenta, otra movida. Y es en el '77 que vuelvo a cursar más sistemáticamente la carrera. Había vuelto Marcelo Bórmida, José Braunstein, Miguel Angel de los Ríos, Mario Califano: la gente del CAEA -Centro Argentino de Etnografía Americana-.

Recuerdo bien esa vuelta a la facultad y mirar a ver quién estaba y quién no estaba, sin imaginar que algunos de los que no estaban podían estar desaparecidos. Pensábamos que estaban presos. Sabíamos de amigos detenidos que sus familiares creían presos en algún lugar. Me acuerdo cuando en un curso

lo veo a Mauricio Boivin... Porque yo imaginaba que él y Blanca Carrozzi, su mujer entonces, estarían detenidos, pero no, estaban ahí y era fantástico (*sonríe*). Y empezamos a hacernos amigos y a hacer como una resistencia pasiva a esas clases espantosas. Alicia Martín, Carlos Reynoso, Mauricio y Blanca, Mimi Fraguas... Nos mantenía saber que había otra antropología. Conseguíamos libros, por ejemplo, algunos de la colección de Anagrama, y ahí empezamos a leer entre nosotros. Me acuerdo de estar en mi casa leyendo fascinada Evans-Pritchard, *Magia y oráculo entre los Azande*, claro, me parecía un libro increíble comparado con las publicaciones de la *Revista Scripta Etnológica* que era lo que teníamos que estudiar nosotros. No eran exactamente grupos de estudio, pero sí comentábamos, nos reuníamos e intercambiábamos. Por esa época, en el '77, '78, yo empiezo a alquilar una casa en la isla, Tigre, con una amiga y armamos ahí una pequeña comunidad antropológica. Leíamos autores que no existían en las materias de la carrera: Edmund Leach, Marcel Mauss, Levi- Strauss, Bateson. Fue una forma de soportar esa facultad.

Cuando terminamos de cursar, en el 81, con Mimi y Blanca decidimos ir a hacer un trabajo de campo a Formosa por nuestra cuenta, aprovechando un congreso de antropología y folclore en Santiago del Estero. Nos lo financiamos nosotras, el objetivo era discutir a partir del conocimiento en terreno, lo que nos habían hecho estudiar en la facultad sobre los pueblos wichi y qom, y que habíamos tenido que leer en las *Scripta Etnológica*. Y nos fuimos a Formosa, fuimos a La Primavera, y nos alojamos en una escuelita. Al día de llegar tuvimos una experiencia graciosa, por no decir trágica. Se corrió muy pronto la voz de que habían llegado antropólogas de Buenos Aires y se nos acerca un señor de la comunidad que muy educadamente se asegura de que venimos de la universidad y nos dice que tiene un mensaje para el doctor Califano, y que es que tienen "mitos nuevitos" para contarles (*risas*). Ahí nos enteramos que compraban mitos como compraban artesanías. Entonces, los indígenas obviamente prolíficos en la creación de mitos podían tener nuevos mitos.

La experiencia fue interesante. No resultó en algún trabajo en particular porque no teníamos inserción concreta.

Recién para el I Congreso de Antropología Social que fue en Posadas, en Misiones, en 1983, fines de la dictadura, con un amigo que es filósofo, Juan Carlos Gorlier, presentamos un trabajo de crítica a la obra de Bórmida⁴. Fue de crítica teórica, un trabajo muy interesante en ese momento porque la generación anterior a nosotros criticaba a Bórmida ideológicamente pero lo consideraban un teórico sólido. Con Gorlier nos leímos todos sus artículos y comprobamos cuán ramplona era su fenomenología. Ni que decir lo alejado que estaba de los debates que se estaban dando en la antropología en ese momento. Ese trabajo tuvo mucha resonancia, fueron a escucharnos un montón de personas, y también creó alguna rispidez con algunos de la generación anterior a la nuestra. Recuerdo en el acto de cierre del congreso, en el que alguien mayor que nosotros planteó: "Venimos de la generación de Bórmida, que era un gran teórico pero que ideológicamente...", y la respuesta nuestra era "No, ni siquiera era un buen

⁴ Tiscornia, S. y Gorlier, J. C. (1984). Hermenéutica y Fenomenología. Exposición crítica del método fenomenológico de Marcelo Bórmida. En *Revista Etnia*, 31.

teórico", y los discípulos de él tampoco fueron buenos teóricos.

Una de las cosas que nos diferenciaba de la generación que nos antecede es que nosotros no teníamos maestros y el no tener referencias era toda una característica y un problema, porque es importante tener referencias o maestros. Hubo sí algunos profesores que nos abrieron puertas: Egardo Cordeu, por ejemplo. Fue con el primer profesor que vimos Lévi-Strauss, eso fue al final de la carrera y además que explicaba muy bien el estructuralismo, porque no era cuestión de poner la bibliografía en el programa sino de ser capaz de transmitirla. En los últimos años de la dictadura Cordeu estaba muy arrinconado porque se había enemistado con la gente de Bórmida hacía tiempo, pero tenía un pequeño público de alumnos muy interesados y sus clases eran un placer pese a lo hermético que siempre fue. Otros buenos profesores fueron Carlos Aschero y Annette Aguerre que eran de arqueología, de prehistoria, nosotros queríamos hacer antropología social, pero sin embargo, ellos también comunicaban entusiasmo e interés, hacer las materias con ellos era un placer aun cuando esas materias no hayan sido nuestros intereses concretos, y ellos formaron muy buenos arqueólogos. Después, para la gente que siguió folclore, Martha Blache, que también abrió otras perspectivas en el folclore que no eran las que nuestra generación tuvo que estudiar, que era realmente lastimosa. Pero, por eso, maestros no, no tuvimos.

"A comienzos de los años ochenta, además de estar en la facultad,
empiezo a trabajar en el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS)
como secretaria del equipo jurídico"

En esos años Cordeu me convoca como ayudante, es la primera vez que consigue que le nombren un ayudante, y al año siguiente Mauricio Boivin también entra a la materia.

Ya estamos llegando a la democracia... En el '81 y '82 varios de nuestra generación, recién recibidos, comenzamos a cursar la Maestría en Antropología en FLACSO. Cuando comienza la democracia, Norberto Rodríguez Bustamante que había sido un excelente profesor nuestro en FLACSO es nombrado decano interventor y lo convoca a Mauricio Boivin como secretario académico. Para la antropología realmente fue una oportunidad interesantísima y también para nuestro grupo de personas jóvenes, recién recibidas y que veníamos acumulando inquietudes, proyectos, discusiones acerca de cómo tendría que ser la antropología. Además hubo una explosión de inscriptos en la carrera, con lo cual no dábamos abasto para sostener las materias del viejo plan de estudios y a su vez comenzar a dar las nuevas materias. Esos primeros años de democracia se trabajó muchísimo en equipo, se discutió mucho, aun sin ser profesores muchos de nosotros intervinimos en los debates del cambio de plan de estudios de la carrera y hubo coincidencias, es el plan que tenemos ahora y que lamentablemente nunca se logró cambiar.

En el año '85 y '86 se abren los primeros concursos de la democracia. Eran importantes para la intervención en la Facultad porque los únicos profesores

concurados eran los de la dictadura y había que conformar el Consejo Directivo. Y en 1986 concurso el cargo de Profesora Adjunta para Antropología Sistemática I y María Rosa Neufeld, el cargo de Profesora Asociada para la misma materia. Yo no tenía muchas expectativas porque no era la materia en la que estaba, en ese entonces era Jefe de Trabajos Prácticos en Introducción a la Antropología y en Etnología -que sería Antropología Sistemática III-. Pero me interesaba porque era la antropología política y del parentesco.

Se hace el concurso y lo gano. Se habían presentado también Patricia Aguirre, que va a la entrevista pensando que era una entrevista más personal y no la prepara como una entrevista para una materia, y Santiago Wallace que se obnubiló, se puso muy nervioso y no pudo terminar con la clase de oposición. Como les decía, he sido siempre tímida y poco sociable, pero en determinadas ocasiones, en las cosas que me interesan mucho, las cosas que quiero, que me apasionan, ahí es como que hay otro personaje que puede actuar muy bien esa timidez. Y bueno, gané el concurso de Antropología Sistemática I. Una cátedra inmensa porque había muchísimos inscriptos, hubo que convocar mucha gente, y bueno, así seguimos. Años después hubo más concursos y continuamos hasta que se separa la materia en las cuatro cátedras y esa ya es otra historia.

Y también por esos años, comienzos de los ochenta, además de estar en la facultad, empiezo a trabajar en el Centro de Estudios Legales y Sociales, en el CELS. Y empiezo a trabajar en el CELS como secretaria del equipo jurídico, integrado por los abogados que armaron las causas judiciales que más tarde integrarían el Juicio a las Juntas Militares.

Paralelamente, en 1986 en la Facultad con Mauricio Boivin, Ana Rosato, Federico Neiburg y Hugo Ratier conseguimos un subsidio para proyectos de formación de jóvenes investigadores (1986-1988). Uno sobre cooperativas de pescadores en el norte y sur de Entre Ríos (en La Paz y en Victoria) y otro en Olavarría, sobre fábricas con villa obrera. El primero a cargo de Mauricio y mío y el segundo, de Hugo y Federico. Se hace una convocatoria, se presentan personas a quienes les faltaba muy poco para graduarse, por ejemplo, María Victoria Pita, Ricardo Rosendo, concursan para el programa de Federico Neiburg y Hugo Ratier y van a trabajar a Olavarría. Fernando Balbi, Gabriela Scotto, Axel Lazzari, para el nuestro...Eran grupos grandes, formamos esos equipos y lo que nos habíamos propuesto era hacer un trabajo de campo antropológico en serio, que suponía vivir varios meses en el lugar. Pero estábamos dando clase, así que usamos el verano, yo me pasé los tres meses en La Paz, los chicos... bueno, ya no son chicos (*sonríe*) varios de ellos, bastante tiempo conviviendo todos en una casa que estaba muy cerca del barrio de los pescadores, y los de Victoria hicieron lo mismo. Para Semana Santa nos íbamos ahí y también en las vacaciones de julio. Hicimos mucho trabajo de campo, eran épocas en las que no existía la computadora. Hacíamos las entrevistas, volvíamos a la casa, las transcribíamos, discutíamos entre nosotros. Una experiencia muy interesante de trabajo y de mucha discusión en equipo.

Paralelamente trabajo en el CELS sin pensarlo aún como tema antropológico. Lo hago por otras razones. Y entro en un mundo terrible, porque si bien sabíamos los crímenes de la dictadura, no es lo mismo leer los testimonios,

recibir a los familiares de las víctimas, escucharlos, tomar esos testimonios. Era un trabajo intenso, continuo, febril. Y hacía las dos cosas al mismo tiempo, el trabajo en Entre Ríos y además daba un montón de clases. Cuando uno es joven tiene mucha capacidad. Además, eran tiempos donde realmente pensábamos que podíamos hacer muchísimas cosas, bueno... en todas las épocas uno piensa que puede hacerlo. Pero el comienzo de la democracia era un tiempo de promesas y la idea era dar cuenta de esas promesas pero sin olvidar la historia, la historia muy reciente, una historia que nos afectaba muy de cerca. Entonces, al poco tiempo de estar trabajando en Entre Ríos, me convocan de la Secretaría de Derechos Humanos de la provincia de Entre Ríos para nombrarme algo así como la representante en Buenos Aires de la Secretaría de Derechos Humanos de Entre Ríos. Me convocan porque la Secretaría de Derechos Humanos de Entre Ríos me conoce por el CELS pero sabe que yo estoy trabajando con los pescadores. Había toda una serie de demandas de las cooperativas, no solo de pescadores sino agrícolas, que se tramitaban en Buenos Aires. Trabajo un tiempo, una asesoría ad honorem por supuesto. Y mientras tanto va llegando el tiempo de la sanción de las leyes de impunidad, la de Obediencia Debida y la de Punto Final, y la clausura de demanda judicial por los crímenes ocurridos durante la dictadura. En el CELS se replantea la misión del organismo. Hay una inmensa desazón. Y esta es una historia que he contado ya muchas veces⁵. Cuando esto va sucediendo, comienzan a llegar al CELS gente de condición humilde demandando por sus hijos que habían sido muertos por la policía, los familiares cuentan que eran procedimientos fraguados, falsos enfrentamientos. Entonces se discute en el CELS si tomar esas causas o no. En esa época fue todo un debate, hoy nos parece imposible, pero las cosas han cambiado muchísimo, justamente por las acciones del movimiento de derechos humanos, pero en ese momento fue un debate donde más de uno planteaba: "No, no podemos igualar a nuestros hijos detenidos desaparecidos en dictadura, con estos chicos". Muchas de las víctimas eran... lo que hoy se llaman los pibes chorros, otros no, pero todos habían muerto en supuestos enfrentamientos con la policía. Entonces hubo un debate muy interesante acerca de cómo esos casos podían ser presentados como lo que eran, violaciones a los derechos humanos en democracia y un organismo de derechos humanos tenía que tomarlos y trabajarlos seriamente. En esa discusión fue decisiva la postura y el impulso de Emilio Mignone, presidente del CELS y un hombre extraordinario.

Comenzamos un trabajo de sistematización de las noticias aparecidas en los periódicos (la prensa era muy diferente a lo que es hoy en día, la sección de policiales también era otra cosa). Y en esa sistematización de las noticias de la sección policiales de los diarios, identificando qué comisarías o qué divisiones de las policías las protagonizaban, más las entrevistas y relatos de los familiares de los chicos víctimas, y tomando como antecedentes los trabajos de Rodolfo Walsh sobre la policía del "gatillo alegre", empezamos a identificar recurrencia

⁵ Tiscornia, S. (1998). Violencia policial. De las prácticas rutinarias a los hechos extraordinarios. En: Izaguirre, I. (comp.), *Violencia social y derechos humanos*. Eudeba: Buenos Aires.
Tiscornia S. (2004). Detenciones Policiales y muertes administrativas, *Antropolítica. Revista contemporánea de Antropología e Ciência Política*, 16 (Primeiro semestre 2004).

de hechos, prácticas repetidas, formas de actuación policiales. Construimos una base de datos sobre casos (que se continúa en CELS hasta el presente).

Para ese entonces decido dejar el trabajo en Entre Ríos. El trabajo en el CELS sobre violencia policial me parecía interesantísimo, un tema que había que armarlo y pelearlo. Y además también empiezo a leer la serie negra de Siglo XXI de criminología crítica. La criminología crítica tiene muchos parentescos con las teorías antropológicas y pensé “puedo armar un seminario de antropología política y jurídica”. Esto es, no solo antropología jurídica porque lo que me interesaba era la política de lo jurídico, más que el mundo jurídico o policial. En 1990 dicto el primer seminario que lo cursa Josefina Martínez, María Victoria Pita. Y después de ese seminario charlamos sobre la posibilidad de armar un equipo para presentar un proyecto de investigación sobre temas de violencia de las policías. Se suma María José Sarrabayrouse que era todavía estudiante. Y conformamos ese primer equipo: Josefina Martínez, María Victoria Pita, María José Sarrabayrouse y Carlos Scocco. La idea era trabajar el tema en convenio con el CELS ¿Y esto por qué? Porque desde la Facultad a mí me costaba mucho sacar el tema afuera, a la agenda pública, en cambio, desde el CELS era mucho más factible. Cuando empezamos a consolidar la investigación, el tema interesó a periodistas de opinión y de investigación. Por ejemplo, a los pocos años de trabajar en este tema, Horacio Verbitsky nos sacó una larga nota en la página central de Página 12 (era otro diario en esa época) y tener una página central en Página 12 sobre este tema para nosotros era importantísimo y tuvo mucha repercusión. Fueron los inicios de una investigación muy antropológica en el tema. La pregunta que nos hicimos fue ¿cómo está organizada la Policía Federal Argentina y las policías de provincia para que esas muertes ocurran de esa manera? No queríamos que la investigación se convirtiera solo en una denuncia de los hechos, así como tampoco en una explicación del tipo “Bueno, es la herencia de la dictadura”. Y para eso fueron muy importantes los y las abogadas que conocían mucho el oficio y que fueron nuestros “informantes claves” y nos explicaron muchas cosas⁶. Y por otra parte, decidimos comenzar por las formas más capilares de la represión policial. No nos íbamos a enfocar en esos grupos que parecían grupos de tarea, sino en cómo trabajaban cotidianamente las policías para que esto fuera posible. Y ahí es que empezamos el trabajo sobre los edictos contravencionales de policía y las detenciones por averiguación de identidad⁷.

⁶ Tiscornia, S. 2011 Antropología Política e Jurídica: Problemas de investigação e intervenção pública, em perspectiva comparada. Em: Kant de Lima, Roberto; Pires, Lenin e Eilbaum, Lucía (orgs.). *Burocracias, Direitos e Conflitos: pesquisas comparadas em Antropologia do Direito*. Editora Garamond Rio de Janeiro

⁷ Tiscornia, S, Eilbaum, L. y Lekerman, V. 2004 Detenciones por averiguación de identidad. Argumentos para la discusión sobre sus usos y abusos. En: Tiscornia, S. *Burocracias y violencia. Estudios de antropología jurídica* Colección de Antropología Social; Facultad de Filosofía y Letras / Antropofagia. Buenos Aires.

"Han sido muy fructíferos siempre los trabajos en equipo, estaban el equipo de facultad y el equipo del CELS. O sea, yo sin los equipos no soy nada."

Por ese interés en explicar cuáles son las características locales que hacen que la policía actúe como actúa, que se produzcan los casos que luego se llamaron de "gatillo fácil", comprender cuál es el armazón burocrático que hace que esos casos lleguen a ser lo que son, empezamos a averiguar qué eran los edictos contravencionales de policía y las detenciones por averiguación de identidad. Hoy, ya mucha gente sabe qué son y cómo funcionan. En esa época nadie sabía, incluso si uno le preguntaba a un abogado "¿Qué son los edictos?", la respuesta era, no, eso no existe. Empezamos a hacer un trabajo de investigación con algunos abogados del CELS -Alicia Oliveira, Gustavo Palmieri, Gastón Chillier-, a identificar algunos fallos judiciales, conseguimos en librerías de viejo el librito del Reglamento de Contravenciones de la Policía y sobre todo empezamos a hacer muchas entrevistas con la gente de los barrios, los curas villeros nos abrieron las puertas de las villas para ver cómo sucedían estas detenciones. Y la verdad que para mí, una persona de clase media, de Filosofía y Letras, fue asombroso darme cuenta de que el 99% de los varones de las villas y los barrios pobres de la ciudad (que eran diferentes, claro, a lo que son hoy) habían sido alguna vez detenidos por la policía. También empecé a preguntar a los alumnos en la materia, en Antropología Sistemática I, que era una materia super numerosa, "¿Cuántos de ustedes fueron alguna vez detenidos por la policía?". Y de los varones, diría que un 70% levantaba la mano. Y les preguntaba "¿Y por qué?, ¿saben por qué?". Y respondían "y, bueno, porque sí". O sea, la policía detenía sistemáticamente a los varones jóvenes de la ciudad; nadie se preguntaba por qué, formaba parte del orden de la vida joven en Buenos Aires de los ochenta, comienzo de los noventa. Entonces nos pareció que ahí estaba la trama de buena parte de esa violencia que luego llamaríamos "violencia institucional"⁸, o sea, en una policía que podía y tenía que detener personas, y en una población joven que lo aceptaba porque formaba parte del orden de la vida cotidiana. Porque además aquellos que se rebelaban a esas detenciones la pasaban muy mal. Y porque veníamos de la época de la dictadura donde salir sin documentos era un problema y se suponía que la policía podía hacer lo que quisiera. Y esas prácticas a su vez, tenían un reglamento y leyes que las legitimaban. Y para ese entonces, empezamos a debatir el tema en la agenda pública. Y en esa época ocurre el caso Bulacio, en 1994.

El caso de la detención y muerte de Walter Bulacio permitió poner en este debate las facultades de la policía para detener personas. Walter muere porque lo llevan preso en una razia, como llevaban a cientos y cientos de chicos. Fue un escenario importante para discutir y plantear esos temas, y empezamos a salir con notas en los diarios, en la radio. También por esta época hicimos un convenio entre el Centro de Estudios Legales y Sociales y la facultad de Filosofía y Letras, que lo firma Luis Yañes, que era el decano en ese momento, y Emilio

⁸ Tiscornia S. (2017). La violencia institucional como tema de trabajo e investigación. En *Revista Espacios de Crítica y Producción* nro. 53, Facultad de Filosofía y Letras. UBA.

Mignone. Y en el marco de ese convenio hacemos el I Informe sobre la situación de los derechos humanos en la Argentina. Hoy el informe anual, que lo hace el CELS, lo publica Siglo XXI y tiene resonancia internacional, pero me parece interesante que el primer informe -una obra muy artesanal- haya sido hecha en la imprenta de la facultad de Filosofía y Letras.

Para esta época el equipo va creciendo, y es una característica distintiva del equipo de antropología política y jurídica el interés por la discusión académica y la discusión política. Sobre todo en todos esos primeros años nos movimos mucho en esas dos direcciones. Además yo siempre he pensado, y esto por supuesto es materia de debate, que uno debe hacer el trabajo de campo, no con los sectores más pobres y más desprotegidos. Mi planteo era: "Me parece que no tenemos que trabajar con las víctimas de la represión policial, sino con aquellos que de alguna manera hacen que esas víctimas existan y esos son los tribunales y las policías". Pero trabajar con los tribunales y con la policía no es fácil. Trabajar con ellos para comprender cómo funcionan, cómo producen lo que producen. Con las policías es particularmente difícil, más aún viniendo de Filosofía y Letras. Estaba claro que no podía trabajar con la policía porque nunca me iban a abrir las puertas y yo también tenía mis resquemores, pero también tenía la certeza de que si no lográbamos entenderla, conocerla, no íbamos a poder dar cuenta del problema que nos interesaba, no íbamos a salir de la mera denuncia. Y así encontramos vías alternativas: jueces conocidos, abogados que conocían esas tramas, la lectura de los reglamentos, de las normas, y de ahí ir a las prácticas. Por eso es que ha sido muy fructífero siempre el trabajo en equipo. Estaban el equipo de la Facultad y el equipo del CELS, quiero decir, yo sin los equipos no soy nada.

En este caso es así, creo que el abrir una línea de trabajo antropológica nueva ha sido posible por el equipo de la Facultad y también por el equipo del CELS. También es en esta doble vía que conozco a Roberto Kant de Lima, de Brasil. Conozco su tesis doctoral, que estaba publicada, gracias a Gabriela Scotto que estaba haciendo el doctorado en Río de Janeiro. Cuando leo el índice de la tesis, me interesa muchísimo esa línea de trabajo.

Viajo a Brasil a mediados de los años '90 por el programa de violencia del CELS ya que teníamos vínculos con el Núcleo de Estudios de Violencia (NEV) de la Universidad de San Pablo, con Pablo Sérgio Pinheiro (que luego fue comisionado de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos) y con Sérgio Adorno que es un sociólogo muy conocido de Brasil. Bueno, viajo a San Pablo para encontrarme con ellos e intercambiar los trabajos del CELS. Hacemos una publicación conjunta del CELS y el NEV sobre violencia policial en San Pablo y Buenos Aires. Y aprovecho para viajar a Río de Janeiro donde quería conocer a Luiz Eduardo Soares que era un antropólogo que trabajaba temas de violencia, Bárbara Musumeci y a Roberto Kant de Lima. Pero Luiz Eduardo Soares y Bárbara vivían en Río, Kant de Lima estaba en Niteroi, en la Universidad Federal Fluminense. Entonces, me encuentro con Luiz Eduardo y con Bárbara, todo muy bien, pero no llego a Niteroi porque no combinaba bien los horarios y no lo conozco. Al poco tiempo me invitan a una reunión también en Río y fue toda una sorpresa porque éramos antropólogos, sociólogos y... policías. Policías de Río de Janeiro, estaban vestidos de civil, eran policías de

alto rango que estaban haciendo maestrías en sociología o en antropología, era un mundo tan diferente al nuestro... En esa reunión conozco a Roberto Kant de Lima, que expansivo como es llega y empezamos a charlar, me regala su libro y la verdad que nos hicimos muy amigos y decidimos empezar a trabajar juntos... Y además él también era una persona que trabajaba en equipo, yo creo que lo que más nos unió fue eso. Los dos estábamos construyendo un campo que no era un campo tradicional en la antropología ni brasilera ni argentina.

“Pensé en varias tesis posibles,
hasta que un día “vi” la tesis
y esto fue cuando me convocan para ser perito antropóloga
en la causa de Walter Bulacio”

En mi generación la idea que teníamos de la tesis de doctorado es que esta era la culminación de la carrera, o sea, después de una vida de docencia e investigación uno se sentaba a escribir la tesis. Bueno, no pasó así, no fue así. Por el contrario, si uno no escribía la tesis no podías dirigir tesis de doctorado, y para continuar la carrera en la facultad era importante hacerla. Yo creo que pensé en varias tesis posibles, hasta que un día “vi” la tesis y eso sucedió cuando me convocan para ser perito antropóloga en la causa de Walter Bulacio.

En esta causa judicial sucedía que en los tribunales locales no parecía posible llegar a un dictamen. Por varias razones -que las explico en lo que luego fuera un libro⁹-, pero, entre ellas, por la vigencia de la llamada familia judicial, por prácticas corporativas y por las peculiaridades del caso. Por ello, por esta falta de justicia, es que el CELS en asociación con Correpi¹⁰ decide llevarlo ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Después de algunos años y peripecias varias, peripecias políticas más que jurídicas, el caso llega ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Es decir, la corte lo acepta como caso y me convocan como perito antropóloga para que explique ante la corte no tanto el caso Bulacio, sino qué son las detenciones policiales por averiguación de identidad y por edictos en la Argentina y qué es lo que estas producen como tal. Ello está muy vinculado con la causa Bulacio porque una de las cosas que se pedía es que la corte recomiende al Estado Argentino la revisión de esas facultades de policía. Viajo a Costa Rica con los abogados de la causa, conozco más de cerca a los miembros de la CIDH, de alguna manera ahí comprendo más cabalmente la trama, las posibilidades del activismo de derechos humanos de poner en agenda esos temas y lograr transformaciones en estas cuestiones. Entonces ahí me digo “Bueno, tengo que hacer la tesis sobre esto porque es un tema que me apasiona, que conozco mucho, puedo decir muchas cosas”.

El armar la tesis que después fue libro fue muy interesante porque me permitió unir un largo camino que en realidad va desde el inicio del trabajo tanto en el CELS como en la facultad y convertir eso en una tesis de doctorado,

⁹ Tiscornia, S. (2008). *Activismo de los derechos humanos y burocracias estatales. El caso Walter Bulacio*. Colección Revés /1. Buenos Aires: Editores del Puerto.

¹⁰ Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional.

donde discutir una serie de problemas clásicos de la antropología jurídica y donde poder explicar cómo esos problemas aparecían en este país, digamos, en su versión local. Creo que ello fue lo más interesante. Rediscutir teorías clásicas tanto de la criminología como de la antropología y mostrar cómo ocurrían entre nosotros. Y al libro sobre la causa Bulacio, tanto como al libro de María José Sarrabayrouse¹¹ y al de Carla Villalta¹² sobre la adopción de niños en Argentina lo han leído muchísimos abogados y hemos sido invitados posiblemente a más debates en el mundo del derecho que en el mundo de la antropología. Es cierto que ese fue también el objetivo de haberlo publicado en una editorial que la leen los abogados, que está en las librerías de los abogados, fue muy interesante.

De las experiencias con el mundo del derecho, también es interesante recordar cómo participamos en un caso de demanda por derecho a la información. Como bien sabemos, la reforma de la Constitución Nacional sancionó nuevos y progresistas derechos, uno de ellos es el derecho a la información. No voy a explicar los detalles porque son muy jurídicos. Pero sí cómo uno de los abogados del CELS en ese entonces, Víctor Abramovich decide darle encarnadura a ese derecho que hasta entonces estaba solo en la letra de la ley y había que darle vida. Y para ello se necesitaba un caso, plantear un caso en los tribunales. Para esa época, una de nuestras fuentes para la construcción de las estadísticas de violencia policial -además de los periódicos como ya expliqué- eran las propias estadísticas policiales sobre detenciones por averiguación de identidad. Pero resulta que cuando nuestros informes comienzan a ser publicados, la policía deja de darnos esa información, que le pedíamos oficialmente. Es entonces que desde el CELS se presenta un amparo por el derecho a la información ya que se trataba de una información que se requería para un trabajo científico, respaldado por la universidad y por presentaciones a congresos y publicado en revistas académicas. Y se convierte en el caso "Tiscornia contra la Policía Federal Argentina"¹³ (*risas*) y que en el mundo del derecho es muy citado porque es el primer caso. La causa se gana pero se gana años después, no es que nos sirvió para la investigación para la que fue pedida, pero sí sirvió para el activismo de los derechos humanos, para ampliar el campo de los derechos. Es muy gracioso porque a veces cuando me han invitado a congresos de abogados, me dicen "¡Ah! Vos sos la del fallo Tiscornia contra la Federal" (*risas*).

Proponerse poner estos temas en la agenda pública, que se debatan y debatirlos, para una persona tímida como yo (*se ríe*) fue un desafío. Recuerdo, por ejemplo, que me invitaban a programas de televisión, de radio y antes de ir sufría muchísimo, muchísimo. Después uno se acostumbra, pero iba porque realmente pensaba que era importante y además para dar una versión diferente a la jurídica de estas cuestiones. Me parece que eso también contribuyó -no solo por mí trabajo claro, sino por el de muchos otros- a que estos temas sean comprendidos desde otro lugar, diferente al del derecho o al de la víctima. Desde un lugar un lugar de un análisis que colabora a comprender estos problemas.

¹¹ Sarrabayrouse, M. J. (2011). *Poder Judicial y Dictadura. El caso de la Morgue*. Colección Revés /3. Buenos Aires: Editores del Puerto.

¹² Villalta, C. (2012). *Entregas y secuestros. El rol del Estado en la apropiación de niños*. Colección Revés /4. Buenos Aires: Editores del Puerto.

¹³ Tiscornia c/ Policía Federal (M. del Interior s/amparo) CAUSA 28833/96 - "Tiscornia, Sofía y otro c/E.N. (M° del Interior) y otro s/amparo Ley 16986" - CNACAF - SALA III - 17/12/1997

“En el equipo siempre hemos tenido muy claro desde donde hablamos y con una gran certeza de que la Antropología siempre habla desde un lugar que debe ser explícito.”

Sin duda que los temas que trabajamos plantean muchísimos dilemas éticos. Los he tenido, sí. Y hemos reflexionado y discutido mucho en el equipo, porque en el trabajo de campo uno conoce muchas cosas y entonces es importante preguntarse qué se puede decir y cómo y qué cosas no se dicen, cómo se muestra, qué se muestra o qué no... Pero creo que siempre, y acá hablo no solo de mí sino por el equipo, hemos tenido muy claro desde dónde hablamos y una gran certeza de que la antropología habla desde un lugar que debe ser explícito y ese lugar estuvo siempre explícito. Entonces, más allá de los dilemas que se nos han planteado, ello no significó decir “bueno, no sé qué es lo que voy a hacer con esto”. Son temas donde hay cosas que se pueden decir y otras que no se pueden escribir jamás. Y no es necesario decir todo. Esa es la franja de la curiosidad periodística y la chismografía, y eso no es antropología. Además, al trabajar sobre casos jurídicos, en los que muchas veces la resolución demora años, hay que ser muy cautelosos. Son temas que hemos discutido en el equipo y con abogados. Así, con Eva Muzzopappa del equipo, que hizo su tesis sobre el espionaje en Trelew, mientras la causa estaba en tribunales, o mi propio caso con la causa Bulacio que se resuelve en los tribunales locales muchos años después incluso de publicar el libro. En las causas hay personas en juego y por ello se debe ser muy cuidadoso.

También, durante la gestión de la Ministra de Seguridad Nilda Garré, en 2012 y 2013, tuvimos un convenio de asistencia técnica de seguimiento de la puesta en marcha del Cuerpo de Policía Barrial en barrios de la ciudad. Y claro que se nos plantearon muchos dilemas éticos, cómo trabajar el tema, cómo comprender las formas en que las personas en el barrio recibían esa política pública, explicar cómo funcionaba. Pero la gran ventaja es que trabajamos en equipo, entonces, nadie quedaba solo frente a cuestiones que son muy difíciles de resolver para una sola persona, en la medida de que se debate, se discute, nos preguntamos cosas y hablamos y conversamos mucho también con las personas con las que trabajamos.

De qué me arrepiento... no sé, qué sé yo, todavía tengo tiempo de arrepentirme de cosas (*sonríe*). Quizás me arrepiento... me hubiera gustado poder tener más influencia, digamos, que los trabajos antropológicos sobre estos temas pudieran tener mayor difusión pública. Es cierto que el momento histórico no siempre es propicio, sobre todo desde que el tema de la seguridad gobierna la opinión pública. Me arrepiento de no haber podido dar un debate que sea capaz de discutir mejor esos sentidos comunes tan fuertes, como sí se pudo dar en los años noventa con los casos de violencia policial y ahora es como que siempre chocamos contra un paredón y un paredón, y eso es muy difícil. Es una frustración... Pero bueno, a lo mejor alguna vez cambia.

E: ¿Qué te hace feliz, Sofía, de ser antropóloga?

ST: ¡Ah! De ser antropóloga me hacen feliz muchas cosas. La antropología tiene ese encanto de descubrirte lo que hay atrás de las cosas, de descubrirte la trama de las relaciones, de aquello que no esperabas ver, que no te imaginabas y está ahí, en el trabajo de campo. El trabajo de campo te muestra escenas, vidas, te muestra, te explica cosas que no las descubrirías antes. Es una exploración continua. Y después lo que me ha gustado mucho y me gusta mucho de la antropología es el trabajo en equipo, el trabajar con gente y el trabajar con gente joven. En el equipo tenemos varias generaciones, pero me gusta mucho trabajar no solo con los más cercanos, sino con los más jóvenes del equipo que son personas también maravillosas.

Fin de la entrevista